



MIGUEL ARANGUREN

J.C.

El sueño de Dios





BIBLIOTHECA HOMOLEGENS

© Miguel Aranguren
© Homo Legens, 2018
Calle Monasterio de las Batuecas, 21
28049 Madrid
www.homolegens.com

Colección dirigida por Kiko Méndez-Monasterio

ISBN: 978-84-17407-30-8
Depósito legal: M-32622-2018

Imagen Solapa: ©Nano Boville
Maquetación: Signo Comunicación Consultores SLU

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.









*De Sion vendrá el libertador.
Apartará de Jacob las impiedades.
(Isaías, 59–20)*







ÍNDICE

I. EL PROFETA	13
II. LOS NOVIOS	95
III. SUEÑOS	197
IV. EL VIAJE	283
V. UN GRITO EN LA NOCHE	369
VI. LA MUERTE DEL PATRIARCA	413
EPÍLOGO: EL COMIENZO DE TODO	569





I. El Profeta

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.

1.

La Tierra estaba colmada de agua y los regatos bajaban alegres hasta los cauces de los ríos, que en aquellas tierras agrestes casi siempre se encuentran secos. Aquí y allá unos atrevidos brotes orlados con flores se habían abierto paso entre las piedras, llenas de aristas. En el verdor apenas apuntado de la copa de las acacias, los pájaros gorjeaban sin temor, ávidos de formar la primera nidada del año.

Los días en los que el sol primaveral lograba disipar una celada casi perpetua de nubes, las lagartijas salían de las oquedades de las murallas para colgarse por las paredes de la fortificación. Eran rayos todavía débiles, pero suficientes para entibiar aquellos sillares arrancados de las canteras del sur de Judea.

A la alborada una guardia de frescor reemplazaba a la ronda nocturna. Por las almenas de oriente, los ojos del primer



destacamento se perdían en la monotonía pardusca y dorada del país de los nabateos. Por el este, los vigías se solazaban con lo que se adivinaba entre la bruma, allende la planicie y las cintas de las ramblas, a las que no les había llegado el maná de los arroyos, pues la humedad condensada del amanecer se descorría igual que un visillo, para mostrar el Mar Muerto, cuya blancura de primera hora resultaba espectral. Más allá de la superficie lechosa quedaba apuntado el pálido verdegal de Betania.

Hacia más de una hora que los gallos del rey habían interrumpido su reposo, contagiando el alboroto a los machos del gallinero de la guarnición. Unos y otros se retaban con quiquiriqués —unos vigorosos, otros afónicos—, encendiendo los corrales diseminados por el pueblo, que desde la falda de la colina replicaban a las aves del castillo y a las galleras que se encontraban junto a casuchas miserables a uno y otro lado del camino que zigzagueaba desde los peñascales, ascendiendo por las barriadas hasta la primera y la segunda puerta, ambas custodiadas por la temida guardia de Herodes Antipas.

Con la batahola de los pájaros domésticos comenzó el trasegar de la aldea: se encendieron los hornos comunitarios, que elevaron hasta la fortaleza humildes fumarolas de rastrojo, sarmientos y boñiga seca, así como el perfume de las tortas de pan; algunas mujeres pasaron hasta los regatos, en donde llenaron sus cántaros de un agua más limpia que la de las cisternas; las cabras y las ovejas reclamaron con balidos, desde el interior de los cubiles, la suelta; comenzaron los correteos de los niños por las calles; sonó el graznido de las cornejas alrededor del murallón de la ciudadela y el vuelo madrugador de las golondrinas dibujó parábolas sobre el almenado del alcázar. Entonces se despertaron los reclutas y sirvientes que habían pernoctado en el patio de armas; los esclavos hacía tiempo que preparaban el desayuno.





A los prisioneros de Antipas no se les servía aquella colación. De hecho, no les daban de comer hasta la caída del sol salvo a quien todos en Maqueronte llamaban —en una mezcla de burla, respeto y pavora— el Profeta, un tipo extraño del que los cancheros aseguran que jamás dormía, un duermevela a lo sumo durante el sopor de las fiebres, cuando el cuerpo se le cubría de sudor y balbuceaba salmos encadenados que ellos escuchaban con aprensión. Pero una vez recuperaba la salud no se dejaba caer en la modorra del resto de los presos, que incapaces de encontrar asuntos para ocupar el tiempo se cubrían de paja sucia a la espera del antojadizo dictamen de su ejecución.

Para el Profeta había una escudilla mañanera, por orden expresa del tetrarca: una papilla de cereales y fruta, una torta, dátiles e higos secos. Todo innecesario, porque aquel santón no probaba bocado. Como Antipas le había eximido de grilletes, al aspirar el dulzor del desayuno alzaba la frente —que solía mantener pegada al suelo, en un rincón de la mazmorra que él mismo había limpiado de inmundicias—, abandonaba su oración constante, se ponía en pie, asía el plato y el pan, y caminaba de preso en preso para repartir aquella merced, un quebranto de las normas que los carceleros no se atrevían a descubrir a sus superiores, por miedo a que llegara a oídos de la corte que zumbaba alrededor de aquel monarca tornadizo.

Herodes Antipas no le había condenado al despreciable rango de los demás presos, pues no tenía previsto pasarlo por la mesa de torturas ni, mucho menos, matarlo tras uno de esos juicios grotescos que regocijaban a sus cortesanos. Más bien al contrario, hubiese querido darle aposento en las estancias palaciegas y ofrecerle el trato exquisito que merecía su prestigio de gran hechicero; vestirlo con sedas y sentarlo a comer junto a su triclinio.



Al principio creyó que le sería fácil conquistarlo como a los demás hombres poderosos que se habían rendido a sus ofertas de lujos, placeres, banquetes y descanso. Se figuró que cuando el Profeta se hubiese acostumbrado a la suntuosidad del palacio, no le costaría sonsacarle el albur de los astros sobre la suerte de su reinado. Acto seguido le habría nombrado consejero, muy por encima de los charlatanes que lo adulaban desde que se ciñó la corona.

Sus espías le habían venido con el cuento de que Juan hablaba con los muertos, entendía el lenguaje de las estrellas y recibía locuciones del Dios de los hebreos. Desde que se propagaron por Sion los primeros rumores sobre aquel personaje que vivía entre el desierto y las riberas del Jordán, los herodianos acecharon sus movimientos. Ellos sabían quiénes eran los aristócratas que bajaban al río desde la Ciudad Santa con intención de consultarle, lo que provocaba en el monarca un necio placer, pues pensaba que aquellos semitas de alcurnia se ponían a su misma altura: la de un descreído atosigado por el ocultismo.

Lo necesitaba a su lado para protegerse de los enemigos de su propia casa, sus hermanos, que anhelaban el privilegio de reinar sobre tierras fértiles de Judea y disponer del palacio paterno en Jerusalén. Por eso, si lograba engolosinarlo con sus regalos, para que el predicador del Jordán se adelantase al propósito bastardo de los intrigantes que confabulaban contra él, desenmascararía a los que —amparados en un cargo de confianza otorgado por el propio Antipas— sustraían las riquezas del tesoro real, querían envenenarlo o confraternizaban a sus espaldas con los comisionados romanos.

2.

Dios contempló embelesado aquella criatura. Era una mujer. Única, frágil y reconocible en la dulzura de sus rasgos, nacida muchos

